

los aduáticos, restos de los cimbro y de los teutones que habían perecido en Italia, enviaron al campo victorioso una parte de sus armas, y, ocultando las demás, se sirvieron de ellas para atacar á los romanos por traición; pero César los derrotó, acabando por tomar su ciudad (Namur), donde hizo vender como esclavos cincuenta y tres mil individuos. En la misma época, el joven Craso su teniente, subyugaba la Armórica.

Resuelto ya á someter el resto de la Galia penetra (56) en los bosques y pantanos de los menapios y de los morinos (Zelandia y Gueldra, Gante, Bruges y Bolonia), conquista la Aquitania, cae despues sobre los venetos (Vannes), pueblo poderoso, poblacion anfibia, que sacaba de la Gran-Bretaña continuos socorros. No podian sus bajeles maniobrar en medio de los bajos á través de los cuales hacian pasar los suyos los venetos, y desmoronándose las trincheras sobre estos terrenos movedizos fué esta campaña extremadamente penosa; pero la perseverancia triunfó al fin. Otra horda de los germanos, los usipios y los tencteros, invadió el territorio de los menapios; pero acudió César rápidamente á su encuentro, y sin querer escuchar á los embajadores que le enviaban, el que siempre se encontraba dispuesto á reprender la violacion del derecho de gentes á los que queria exterminar, les mando cargar de cadenas, y atacando despues de improviso á sus nuevos adversarios, los venció sin trabajo y sin gloria. Pasó entonces el Rhin, introduciendo el espanto entre las naciones germánicas; pero reconociendo que el foco de las sublevaciones de la Galia existia en la Gran-Bretaña, se decidió á pasar á ella para destruir el mal en su origen. La isla, en el dia tan famosa bajo el nombre de Inglaterra y Escocia, fué llamada primero segun las tradiciones nacionales, *Pais de las verdes colinas*, despues, *Isla de la miel*, en fin, *Bryt* ó *Prydain*, de donde le procede el nombre de Bretaña. Se distinguia la parte situada al Norte de las orillas de los rios de Forth y de Clyd con el nombre de Alb-inn, país de las montañas; la parte meridional por el de Lloerg hacia el Oriente, y hacia el Occidente por el de Kymru; estos nombres procedian de los pueblos que los habitaban, y que se llamaban en latin cambrios y logrios. Aquellas poblaciones cim-

bras habían desembarcado allí seis siglos antes de J. C. y arrojado á los primeros habitantes de origen céltico, de los cuales una parte se retiró á la isla de Erin, llamada Hibernia por los romanos, y á las comarcas de Poniente, y otra al Norte, donde se formaron tres grandes confederaciones de los magriatos, los albanios, y los celtas ó caledonios. Estos nuevos advenedizos recibieron en el país el nombre generico de scots, es decir, extranjeros, que aplicaron despues á la Albania, parte montañosa de la isla.

El horror á la conquista y las antipatías nacionales les obligaron á estar separados de los cimbro habitantes de las llanuras meridionales. Vieron éstos bien pronto llegar sobre ellos á los logrios, conducidos por Hu el poderoso, y procedentes de las costas del Sud-Oeste de los galos. Entonces los cimbro, voluntaria ó forzosamente, se retiraron á lo largo de las riberas del Occidente, que desde este momento se llamó Cambria, al paso que los que habían llegado últimamente, se establecieron en las playas de Levante y del Mediodia. Algunos siglos despues acudieron los belgas, poblacion mezclada de cimbro y catos, y otros teutones y celtas.

Aún se pretende encontrar los restos de aquellos cimbro en los habitantes del país de Gales y en la Bretaña francesa, pues ellos mismos se llaman kimris. Equivocadamente, pues, pretenden algunos encontrar en su lenguaje el puro idioma céltico; por el contrario, tiene mezcla del teuton. Aquellos que quieren llegar á conocer el antiguo celta, con ayuda de la lengua hablada en las dos comarcas de que acabamos de hacer mencion, deberian, ante todo, hacer separacion de las voces, cuya raíz es teutónica; pero este estudio seria mucho más fructuoso en la lengua ersa de Escocia ó en el irlandés que en el bajo-breton.

César no conoció la denominacion general que comprendia á los últimos habitantes de la isla, sino solamente las de las diversas tribus.

No existia ménos diferencia en sus costumbres que en su origen. Llevando los belgas largas mangas y *jacos*, se dedicaban al tráfico y al cultivo. Manteniéndose los cimbro con carne y cosas de leche, vestidos de pieles de cordero, habitaban bajo cabañas rodeadas de ár-

boles. Salvajes y desnudos, los galos vivian de su caza, cortezas y raices. Por lo demás, llevaban todos larga cabellera, caidos los bigotes, y se teñian de verde con el glasto de Provenza.

Hallábanse regidos por una aristocracia militar los hombres del Mediodia, y organizados los del Norte por tribus; permaneciendo los miembros de una misma familia unidos por la intimidad más estrecha, y haciendo comunes caza, botin, hacienda y hasta las mujeres que, en número de diez ó doce, pertenecian á padre, hijos y hermanos; por lo que hace á los niños, se atribuian al primero que había conocido á la madre. Habiendo reprendido Julia, hija de Augusto, á una mujer bretona por semejante género de vida, ésta le respondió que no creia tuviesen que echarlas nada en cara las romanas, por hacer públicamente, y con personas elegidas, lo que ellas se permitian en secreto con libertos y con esclavos.

Hallábase la Bretaña bajo la proteccion especial de la divinidad, como residencia particular de los druidas; ni el mismo César pudo obtener provisiones ni noticias sobre los medios de abordar allí y sobre las mareas; resultó, pues, que su desembarco en la punta oriental, llamada Kent, fué en extremo peligroso. (55). Además de que sus naves hacian mucha agua para aquellas costas, era tiempo de plenilunio, es decir, el momento de las grandes mareas; y los bárbaros descargaban sobre ellos una granizada de flechas. Ya se plegaban los romanos, cuando el porta-enseña de la décima legion, la más adicta á César, se precipita hácia adelante con el águila en la mano, gritando á sus compañeros: *¿Permitireis por ventura que caiga esta insignia en poder de los bárbaros?* Su voz y su ejemplo restituyen el valor á los soldados: lidian con encarnizamiento, y merced á su audacia, se abren paso al través de los bárbaros, quienes envian embajadores y rehenes.

Pero arrepintiéndose en breve de su debilidad, cuando ven que la escuadra, azotada por la tempestad, ha sufrido considerables averías (54), se aprovechan de la seguridad en que descansan los romanos, vuelven á empuñar las armas, y caen sobre los invasores para exterminarlos. César se vé obligado á retirarse, segun su dicho, ó á apelar á la fuga, segun lo proclamaron sus rivales y los cimbro, que se jactaron

en sus cantos de haber visto á los cesarianos que habían ido á conquistar la isla de Pridain, desaparecer como la nieve al soplo de Mediodia.

Urgia mucho al procónsul reparar aquel desastre; preparóse, pues, á volver á la carga con buques más á propósito para el caso. Serviale á las mil maravillas la division que se había suscitado entre dos de los jefes, Imanwet y Caswallaun. Pero á fin de que los galos no se aprovecharan de aquella coyuntura y volvieran á levantar cabeza, los convocó á Itius-Portus, y llevó consigo los principales y ménos seguros. De este número era Dumnorix, á quien César había perdonado por consideracion á su hermano Divitiaco; pero este galo, á quien la clemencia no podia inducir á soportar la ignominia de la servidumbre, había aspirado primeramente á sublevar á sus compatriotas contra el extranjero: quiso esta vez evadirse de la suave prision que se le imponia; fué alcanzado en la fuga, y muerto peleando en su defensa. Es probable que Divitiaco, de quien no se hace ya mencion desde entonces, se disgustara por semejante conducta de la amistad de los romanos.

Habiendo abordado César felizmente á la ribera de Bretaña, supo inducir á los insulares á que le pagaran un tributo, y á permanecer en sosiego: luego volvió á ganar el continente. Con doscientas velas no había sacado otra cosa de aquella comarca más que perlas y algunos esclavos: no dejó allí guarniciones, ni levantó ninguna fortaleza. Jamás se pagó el tributo y se esperaba que así sucediera. Hizosele extraordinaria burla en Roma por haber vencido á un país donde no había plata, oro ni vestigios de artes y de sabiduria. ¿Quién hubiera augurado entonces lo que había de ser con el tiempo aquella isla en comparacion de Roma que la ponía en ridiculo?

A su regreso halló el general romano en la Galia nuevas insurrecciones, excitadas por la dureza de la conquista y por la licencia de los soldados. El trevirio Indutiomaro, patriota infatigable, había vuelto á tomar la ofensiva, y auxilió poderosamente á Ambiorix, caudillo de los eburones, hasta el instante en que fué llevada á Labieno su cabeza. Viendo César que la espada de sus soldados era insuficiente contra aquellos terribles eburones, los pone fuera de la ley de la humanidad: un decreto proclamó que

sus cuerpos y sus bienes pertenecerían á cualquiera que se apoderara de ellos, y que se granjearía la amistad del pueblo romano todo el que le ayudara á exterminar á aquella raza de hombres perversos. No se hicieron sordos al llamamiento los asesinos, apoyados por cincuenta mil soldados romanos, entre cuyo número se contaba con César, un hermano de Ciceron, Junio Bruto, Trebonio y la flor y nata de la juventud patricia.

Al cabo de siete años de guerra contra las Galias, había adelantado César muy poco en sus conquistas, aunque sí mucho en lo que su ambición se había propuesto. Como acontece en las largas expediciones, se había aficionado el ejército al que le guiaba á la victoria; era más bien el ejército de César que el de la república. La vaguedad que rodea á las guerras distantes dejaba campo libre á las imaginaciones para exagerar su peligro y su provecho. Así se hallaba eclipsado Pompeyo por triunfos en países desconocidos, sobre pueblos separados del universo todo, y eran los mismos que habían llegado poco antes desde las extremidades del mundo á levantar sus tiendas aqueñados los Alpes y á la misma falda de la roca Tarpeya. Su vencedor era comparado á Camilo, á Mario, y aún se le reputaba como más grande que ellos; había repelido efectivamente á los galos, pero César se había atrevido á llevar á su país la guerra.

No por eso carecía de poderosos adversarios, prontos siempre á averiguar y á divulgar las concusiones y las matanzas; á hablar de los prisioneros tratados como en una guerra de exterminio, y especialmente de la traición ejercida respecto de los embajadores. Cuando se propuso decretar á César acciones de gracias, el severo Caton exclamó de este modo: *¿Cómo se habla de acciones de gracias? Debería hablarse más bien de expiaciones y de súplicas á los dioses para que no castigaran sobre nuestros ejércitos los crímenes de su caudillo, de la entrega del delincuente á los germanos, á fin de que no aparezca que Roma tolera el perjurio.*

Otros menos rígidos y más prudentes representaban cuanto peligro había en prolongar demasiado los mandos, y en dejar las dos Galias bajo la autoridad de un sólo jefe, que así podría éste aguerrir su ejército en la Transil-

vania y llevarle en seguida por la Cisalpina hasta las puertas de Roma. Por su parte los amigos del cónsul, y Ciceron entre ellos, recordaban que había domeñado en la Galia á naciones poderosas, y aún no las había agregado á la república por leyes, por un derecho cierto, por una paz sólida; que aquella guerra debía terminarse por el que la había comenzado; que convenia agradecer á César que prefriese á la mansión de Roma, á las delicias de Italia, aquellas comarcas tan rudas, aquellas aldehuelas tan rústicas, aquellos hombres tan groseros.

César era deudor de aquel apoyo y de aquellos sufragios indispensables para la prolongación de su mando, ante todo al buen suceso, que es la más poderosa de todas las recomendaciones para la muchedumbre; después al dinero hábilmente prodigado para halagar al vulgo y para ganar á los demagogos. Compró en 20.000,000 y medio un terreno espacioso, en el que hizo preparar un foro rodeado de pórticos de mármol, gran seducción respecto al pueblo. A costa de 8.000,000 y medio se aseguró la neutralidad del cónsul Emilio; pagó en 12.000,000 y 300,000 libras la connivencia de un tribuno. Estas eran otras tantas armas que disponia contra su patria. Pero para atender á estos enormes dispendios se veía obligado á aumentar los tributos; despojaba los lugares sagrados; derribaba á los magistrados nacionales á fin de enriquecer á gentes que estaban bajo la dependencia de Roma y de él mismo. De este modo se aumentó el general descontento, y cuando llegó á estallar por último (52), la conservación de las Galias no costó menos que su conquista.

Viéndose amenazada la facción druidica entre los carnutos, fué la primera que lanzó el grito de insurrección; repitióse la misma noche de choza en choza en un espacio de ciento sesenta millas. En Genabum (Orleans), son asesinados los comerciantes extranjeros, y Vercingetorix toma el mando de los insurgentes. Este jóven, de una antigua familia de Arvernia, era hermano de Cetill, que había sido muerto cuando aspiraba á usurpar la tiranía. Vercingetorix, animado de sentimientos generosos y patrióticos, enemigo declarado de los invasores, no se había dejado seducir por las insinuaciones de César. Urde una conjura (52), consigue sublevar el país, llama á las armas hasta á los siervos

de las campiñas, condena á los cobardes al fuego, y en breve se halla dispuesto á atacar á la provincia Narbonense y los cuarteles de invierno de los romanos.

Sabedor de esta noticia, acude César, á pesar de lo crudo de la estación con su celeridad prodigiosa: consolida la fidelidad de los narbonenses, y cruzando los Cevennos á través de las nieves, cae sobre los arvernios. Vercingetorix determina á los galos á incendiar todas las habitaciones aisladas y las ciudades incapaces de defensa, para que no pudieran servir de albergue al enemigo, ni de refugio á los cobardes. En un sólo día fueron entregadas á las llamas más de mil aldehuelas de los biturigos; ejecutóse lo mismo entre los carnutos y en otras partes, y la población se dirigía desnuda y abrumada de padecimientos hácia las fronteras, consolada, sin embargo, con el pensamiento de la salvación de la patria que no se derrumba con los muros de las ciudades.

Es necesario leer en los mismos comentarios de César los prodigiosos esfuerzos que tuvo que hacer, ora contra aquellos insurgentes reunidos en un mismo punto, ora contra los que se emboscaban por bandas sueltas en la espesura ó á la salida del los valles. Pero aún cuando el intrépido Vercingetorix no se entibió nunca, aunque los suyos habían jurado no volver á sus hogares hasta haber atravesado dos veces las filas enemigas, César logró sostenerse en el país, merced á la disciplina, á una rara habilidad militar, empleando alternativamente la fuerza y la dulzura, sembrando diestramente la discordia entre los mismos galos. Había levantado allí una legión entera, cuyos soldados llevaban una alondra en el casco; sirvióle con un valor sin igual primero en las Galias y después en Italia.

Habiase reconcentrado bajo Avarico lo recio de la guerra; asedióla César, la tomó después de una tenaz resistencia, y treinta y nueve mil doscientas personas inermes fueron pasadas á cuchillo por los vencedores. Apesar de todo, el procónsul, no desprovisto de humanidad, cuenta con espantosa sangre fría semejante matanza, sin añadir una sólo palabra de compasión ó de excusa, nada que indique por su parte una tentativa á fin de ponerla coto.

Sólo ochocientos galos pudieron escaparse

de aquella carnicería, y se refugiaron cerca de Vercingetorix, ocupado en suscitar nuevos enemigos á Roma. Apesar de su superioridad sobre los galos en el arte del ataque de las plazas, se vió obligado César á levantar el sitio de Gergovia, la mejor fortificada de las ciudades insurgentes. Tocados entónces los eduos de un noble sonrojo, se declararon en favor de los sublevados, y acreditando el denuedo de hombres recientemente convertidos, se unieron á Vercingetorix, que fué proclamado generalísimo. Reconcentró sus fuerzas bajo los muros de Alesia, ciudad que se suponía edificada por el Hércules Tirio; pero en breve el hambre las redujo al último apuro. Critognat propuso que se comieran las personas inútiles, como habían hecho sus padres en tiempo de la guerra contra los cimbro; túvose por mejor expulsarlos. Aquellos infelices, llegaron, pues, al campamento de César con las lágrimas en los ojos; pero en vez de obtener la compasión debida á gentes desarmadas, fueron repelidos á flechazos; los que sobrevivieron á tan bárbara acogida murieron de hambre y de miseria.

En lo más recio del peligro había despedido Vercingetorix á sus ginetes con el fin de que se derramasen por las campiñas, atizando en todas partes la guerra. Instantáneamente resuena el grito de alarma, desde el Garona hasta el Rhin, y desde los Alpes hasta el Océano, y se adelantan hácia Alesia doscientos cuarenta mil infantes y ocho mil caballos. Sería imposible ponderar cuanto valor desplegaron los confederados, pero eran totalmente extraños al arte de los asedios, como al de establecer un campamento, y los romanos eran, bajo estos aspectos, grandes maestros. Al revés, menospreciaban la táctica, persuadidos de que el valor era la única ciencia de la guerra. Además su carácter ligero y temerario les hacia incapaces de sostener con perseverancia esfuerzos comenzados con extraordinario ímpetu. Prevalció la disciplina; y habiendo sido dispersado aquel ejército en que cifraban toda su esperanza los de Alesia, solicitaron entrar en negociaciones. Pero César exigió que le entregasen su caudillo y sus armas y se rindieran á discreción. Entónces Vercingetorix monta á caballo, se hace abrir la puerta y lanzándose á galope llega ante el tribunal del procónsul; da la vuelta en torno, luego arroja

á los piés del romano su espada, su casco y su javalina sin pronunciar una sola palabra. Con espanto contemplan los legionarios su gigantesca estatura, y César le acusa de haber correspondido mal á sus favores. Llamaba favores las insinuaciones que le habia hecho para inducirle á que fuese traidor á su patria, é ingratitude á sus generosos exfuerzos para defenderla hasta el último extremo. De orden suya fué enviado Vercingetorix á Roma cargado de cadenas. Vinieron á ser esclavos los defensores de Alesia, tocando uno á cada soldado romano.

Sometiéronse los eduos así como los arvernios (51), pero el edio Sur, el Atrebató Comm, Ambiorix, Lucterio, amigo de Vercingetorix, Grutuát, caudillo de los carnutos, Dumnac de los Andos, Xorreo de los bellovacos, Drappeto el senone, no desesperaban de la causa nacional todavía; instruidos por la experiencia, conocieron que la guerra sería más segura, peleando por bandas en diferentes y opuestos puntos. Establecieron, pues, tres centros de acción: al Norte, entre los bellovacos; al Occidente entre los andos; al Mediodía entre los carducos; durante este tiempo debían inquietar los treviriens á Labieno, segundo de César.

Con aquella presteza que da al traste con toda precaucion, cae el procónsul sobre los biturigos y los derrota. Entonces abandonaron su país gran número de ellos para dirigirse á distintos confines, donde al ménos no vieran á los romanos. ¡Desventurados de los que caían en manos de los vencedores! Se azotaba á los jefes, decapitándolos luego. Otras veces se cortaban las manos á todos los prisioneros por orden de aquel mismo César cuya humanidad y cuya generosidad encomiaban unánimes voces, por César, que solía decir que la idea de una sola crueldad sería para su vejez una penosísima compañera.

Por último, en el espacio de diez años la heroica resistencia de la Galia fué domeñada por la prodigiosa actividad de aquel hombre, que creía no haber hecho nada, si quedaba por hacer alguna cosa. Pudo presentar César como trofeos, ochocientas plazas tomadas, trescientos pueblos sometidos, un millon de muertos y otros tantos cautivos. Esforzándose entonces por cicatrizar las llagas del país, recorrió las ciudades, hizo ostentacion de dulzura, y les

dejó leyes adecuadas á sus necesidades; no agravó la suerte de los vencidos con confiscaciones, proscripciones, ni colonias militares. Un impuesto de 40.000.000 de sextercios (ocho mil millones de francos) se disfrazó con el nombre de sueldo militar, y la nueva provincia de la Galia Cabelluda (*comata*) obtiene privilegios superiores á los de la Galia (*togata*).

Evitó el procónsul cuanto pudiera ajar á los hombres de carácter irascible, agriados aún por recientes heridas. Habiendo encontrado sus soldados en un templo su espada, que habia perdido lidiando en la Secuania, les dijo sonriendo: *Dejadla ahí, es sagrada*. De este modo conquistó la adhesion de los galos. La legion de veteranos transalpinos, que llevaban en sus cascos la alondra, símbolo de vigilancia, fué asemejada á las legiones romanas en el equipo, el sueldo y las prerrogativas. César alistó como auxiliares á los galos, á quienes destinó á las diferentes armas en que hacían punta; sacó de la Bélgica infantería pesada, infantería ligera de la Aquitania y de la Arvernia; tuvo arqueros rutenos, sin hablar aquí de la caballería. Acaso eran fuerzas que quitaba á sus rivales y á su patria para adquirir prendas de seguridad á la par que instrumentos para nuevas expediciones. Cierto es que ya fuese á consecuencia de esta precaucion, ya también á algunas irrupciones de los germanos, no ocurrió á los galos la idea ó no tuvieron voluntad de aprovecharse de la guerra civil para recuperar su independencia.

CAPITULO XXXVII.

El Egipto.—Dictadura de César.

A fin de no consentir al enemigo espacio para tomar aliento, le perseguía César rápidamente. En el Helesponto encontró la escuadra de Pompeyo, la intimó la rendicion, y fué obedecido. Otuvieron los cniidios de su benevolencia la exencion del tributo, en consideracion á Teopompo, compatriota y autor de una coleccion de fábulas; descargó en la tercera parte los impuestos de la provincia de Asia; recibió bajo la proteccion de la república á los jonios, á los etolios y á otros pueblos; ya se sentía destinado á ensanchar el recinto de la ciudad romana.

Habiendo llegado á Alejandria tres dias despues del asesinato de Pompeyo, mandó erigir un templo á Némesis, en señal de respeto hácia el que ya no existía; restituyó la libertad á sus amigos encarcelados por Ptolomeo, y escribió á Roma que el fruto más precioso de su victoria era á sus ojos poder salvar cuotidianamente á alguno de los romanos que habian lidiado en contra suya.

Al bosquejar en otro lugar la historia del Egipto, esa comarca intermedia, segun la expresion de Napoleon, de Europa y Asia, dejamos sobre el trono al rey Filometor, príncipe que, aunque educado en la molicie por un eunuco interesado en enervarle, no careció de denuedo, supo perdonar, y no derramó sangre inútilmente. Muerto en una batalla, tuvo por sucesor á su hermano Ptolomeo Fiscon (145), cuya alma era tan negra como disforme su cuerpo. Despues de haberse asegurado el trono, casándose con Cleopatra, hermana y viuda de su predecesor, degolló en sus brazos el mismo dia de su matrimonio á su joven hijo, que le hacia sombra, luego la repudió para contraer matrimonio con su hija, llamada también Cleopatra. Explicábase con facilidad y como hombre instruido, y aún llegó á escribir una historia y comentarios sobre Homero. Su deseo de imitar á sus antecesores, favoreciendo á los sabios, le hacia poner por obra la fuerza y la astucia para proporcionarse libros. Atraía á su lado gentes de letras, asignándoles pingües pensiones; luego, por capricho, les enviaba por bandadas al destierro. Diseminados de este modo en Asia y Grecia, despertaban allí el amor á la ciencia, sofocado por las guerras continuas, y abrian escuelas, como hicieron los griegos en Italia despues de la toma de Constantinopla por los turcos.

Sirvióle la fuerza de las armas para fundar un poder absoluto, merced al cual reconcentró en su mando el reino antes dividido. Pero sus crueldades, especialmente con los judíos, hicieron que se alejara mucha gente de Alejandria, viéndose obligado á poblarla nuevamente de extranjeros. A fin de tenerlos á raya se rodeó de tropas mercenarias, á las que mandó un dia matar á todos los mancebos alejandrinos. Furiosos éstos, empuñaron las armas y colocaron en el trono á Cleopatra, á quien habia repu-

diado. Para vengarse Fiscon, degüella entonces al hijo que habia tenido de ella, y se le envía hecho pedazos; luego llega con la fuerza á dominar á los rebeldes (117). Se mantuvo sobre el trono acreditando tanta crueldad en lo interior, como mostraba cobardía respecto de los romanos.

Repartió el reino entre Ptolomeo Látiro, que le sucedió (112); Ptolomeo Alejandro, á quien tocó Chipre; y Apion, su hijo natural, á quien dió la Cirenáica. Este la legó á los romanos, instituyéndolos por sus herederos, y dejaron al país su independencia. Anhelante la reina Cleopatra joven por ver á Ptolomeo Alejandro ocupar el trono de Egipto, indujo, ya por fuerza ó por astucia, á consentir en un cambio á Ptolomeo Látiro. Esperaba que su muy amado hijo se dejaria dirigir por ella en un todo; pero cuando le vió soportar impacientemente la tiranía de una madre pérfida y brutal, quiso darle muerte. Alejandro supo precaver su intento (89); pero le expulsaron los mismos alejandrinos, y fué muerto al querer apoderarse de Chipre. Llamado entonces de nuevo Látiro (88), tornó á reunir esta isla á Egipto. Habiéndose sublevado Tebas, sostuvo un sitio de tres años, al cabo de los cuales fué tomada y destruida (82). Aún cuando aquella ciudad habia perdido mucho de su esplendor desde la época de los Faraones, permanecía, no obstante, siendo una de las más ricas de Egipto.

Látiro dejó (81) dos hijos naturales, Ptolomeo de Chipre y Ptolomeo Auleto, y una hija legítima, Berenice. Además existía un hijo de Alejandro con el mismo nombre; hallábase á la sazón en Roma, cerca del dictador Sila, que á su antojo hacia y deshacia reyes. Estos eran otros tantos preteudientes, que en el discurso de quince años se disputaron la corona, proclamados y asesinados á su vez, segun que les favorecian momentáneamente el pueblo, el ejército ó las intrigas de Roma, porque ésta pensaba ya en convertir á Egipto en provincia, apoyándose, en punto á derecho, en un testamento de Alejandro, de quien acabamos de hacer mencion, que la instituyó por su heredera, y respecto del hecho, en las disensiones que destrozaban á aquel territorio.

Pero las sucesiones que acababan de recoger los romanos de Cirene, de la Libia, de la Biti-